

Una de las cosas extrañas era que Aubrey Walters no podía considerarse una niña extraña. Era tan normal como su padre y su madre, que vivían en un apartamento de la calle Otis, y jugaban al bridge una noche por semana, salían otra noche a cenar fuera, y pasaban tranquilamente las demás veladas en casa.

Aubrey tenía nueve años, el pelo bastante lacio y muchas pecas; pero a los nueve años nadie se preocupa por tales cosas. Se desenvolvía bastante bien en el colegio privado no demasiado caro al que sus padres la enviaron, hizo fácilmente amistad con otras niñas, y recibía lecciones de violín, instrumento que tocaba abominablemente.

Su mayor defecto quizá fuera su predilección por quedarse levantada hasta altas horas de la noche, aunque, en realidad, esto era culpa de sus padres por dejarla quedarse levantada y vestida hasta que tenía sueño y quería acostarse. Incluso a los cinco y seis años, casi nunca quería irse a la cama antes de las diez de la noche. Y si, durante una época de preocupación maternal, se la acostaba más temprano, nunca se dormía antes de esa hora. Así que, ¿por qué no dejarla quedarse levantada?

Ahora, a los nueve años, no se acostaba hasta que sus padres lo hacían, lo cual ocurría generalmente hacia las once las noches normales y más tarde cuando tenían la partida de bridge o salían a cenar fuera. Entonces era más tarde, pues solían llevarla con ellos. Aubrey se divertía, fuera adonde fuese. Permanecía inmóvil como un ratón en el asiento de un teatro, o les contemplaba con infantil seriedad por encima de un vaso de limonada cuando ellos tomaban uno o dos cócteles en un cabaret. Asimilaba el ruido, la música o el baile con grandes ojos admirados y disfrutaba cada minuto de ellos.

A veces el tío Richard, hermano de su madre, les acompañaba. Ella y tío Richard eran buenos amigos. Fue tío Richard quien le regaló las muñecas.

- Hoy me ha ocurrido algo curioso - había dicho -. Pasaba frente a Rodgers Place, más abajo del edificio Mariner, ya sabes, Edith, donde el doctor Howard tenía su consulta, y me pareció oír un ruido justo detrás de mí. Me vuelvo, y veo este paquete en la acera.

«Este paquete» era una caja blanca algo mayor que una caja de zapatos, y estaba curiosamente atada con una cinta de color gris. Sam Walters, el padre de Aubrey, la observó con interés.

- No está abollada - dijo -. No puede haber caído de una ventana muy alta. ¿Estaba atada de este modo?

- Tal como la ves. Volví a ponerle la cinta después de abrirla y mirar lo que había dentro. Oh, no quiero decir que la abriera allí mismo y en aquel momento. Lo único que hice fue detenerme y levantar la mirada para ver si se le había caído a alguien..., esperando ver a alguna persona asomada a una ventana. Pero no vi a nadie, y recogí la caja. No pesaba demasiado, y la caja y la cinta parecían..., bueno, daban la impresión de que nadie podía haberla tirado expresamente. Así que seguí mirando hacia arriba, pero, como no apareció nadie, sacudí un poco la caja y...

- Está bien, está bien - interrumpió Sam Walters -. Ahórrate los detalles. ¿No averiguaste quién la tiró?

- De acuerdo. Subí hasta el cuarto piso, preguntando a todos los que tenían ventanas sobre el lugar donde la recogí. Dio la casualidad de que todos estaban en casa, y nadie había visto la caja en su vida. Pensé que podría haberse caído del alféizar de una ventana, pero...

- ¿Qué hay dentro, Dick? - preguntó Edith.

- Muñecas. Nada menos que cuatro. Las he traído para Aubrey; si es que las quiere.

Desató el paquete, y Aubrey exclamó:

- ¡Oooh, tío Richard! ¡Son..., son preciosas!

Sam observó:

- Hum. Parecen más maniquíes que muñecas, Dick. Por la forma en que van vestidas, quiero decir. Deben costar varios dólares cada una. ¿Estás seguro de que el propietario no las reclamará?

Richard se encogió de hombros.

- No sé cómo iba a hacerlo. Como te he dicho, subí cuatro pisos, preguntando. Por el aspecto de la caja y el ruido que hizo al caer, dudo que hubieran podido tirarla desde tan arriba. Y cuando la abrí, bueno..., mira... - Cogió una de las muñecas y la sostuvo en alto para que Sam Walters la inspeccionara -. Cera. La cabeza y las manos, quiero decir. Y no tienen ni una sola grieta. Como máximo, debieron de caer de un segundo piso. Incluso así, no sé como... - Volvió a encogerse de hombros.

- Son los Geezenstack - dijo Aubrey.

- ¿Qué? - preguntó Sam.

- Las llamaré los Geezenstack - explicó Aubrey -. Mira, éste es papá Geezenstack y ésta es mamá Geezenstack, y la pequeñita..., ésta es..., es Aubrey Geezenstack. Y al otro señor le llamaremos tío Geezenstack; el tío de la niña.

Sam se echó a reír.

- ¿Como nosotros? Pero si tío - uh - Geezenstack es hermano de mamá Geezenstack, tal como tío Richard es hermano de mamá, no puede llamarse Geezenstack.

- Es igual - replicó Aubrey -. Todos son Geezenstack. Papá, ¿me comprarás una casa para ellos?

- ¿Una casa de muñecas? Pues... - Se disponía a decir «Pues claro», pero sorprendió una mirada de su esposa y recordó que el cumpleaños de Aubrey era la semana siguiente y no sabían qué regalarle. Se apresuró a cambiar la frase -. Pues, no lo sé. Lo pensaré.

Era una casa de muñecas preciosa. Sólo tenía un piso de altura, pero estaba muy cuidada en todos los detalles, con un tejado que se levantaba para arreglar los muebles y trasladar a las muñecas de una habitación a otra. Estaba muy bien proporcionada con los maniqués que tío Richard le había traído.

Aubrey se entusiasmó. Todos sus demás juguetes fueron arrinconados y las actividades de los Geezenstack ocuparon desde entonces todos sus pensamientos.

No transcurrió mucho tiempo antes de que Sam Walters empezara a fijarse, y a pensar, en el extraño aspecto de las actividades de los Geezenstack. Al principio, con una sonrisa ante las coincidencias que se sucedían.

Y después, con una desconcertada expresión en los ojos.

No fue hasta al cabo de un tiempo cuando se decidió a hablar con Richard. Los cuatro acababan de volver de una partida. Se lo llevó aparte y le dijo:

- Oye, Richard.

- ¿Sí, Sam?

- Esas muñecas, Dick. ¿Dónde las encontraste realmente?

Richard le miró con sorpresa.

- ¿Qué quieres decir, Sam? Ya te lo expliqué.

- Sí, pero... ¿no estarías bromeando, o algo así? Quiero decir que quizá las compraste para Aubrey, y pensaste que nos opondríamos a que le regalases algo tan caro, así que..., uh...

- No, te aseguro que no fue así.

- Pero, maldita sea, Dick, es imposible que cayeran de una ventana, o alguien las tirara, y no se rompieran. Son de cera. ¿No pudo ser una persona que anduviera detrás de ti..., que pasara en un coche o algo así...?

- No había ni un alma por los alrededores, Sam. Ni un alma. Yo también me lo he preguntado algunas veces. Pero si hubiera querido mentiros, no me habría inventado una historia tan complicada, ¿no crees? Os habría dicho que las había encontrado en el banco de un parque o en el asiento de un cine. Pero ¿por qué me lo preguntas?

- Pues..., yo..., por pura curiosidad.

La curiosidad de Sam continué acrecentándose.

Fueron detalles sin importancia, la mayoría de ellos. Como el día en que Aubrey dijo:

- Papa Geezenstack no ha ido a trabajar esta mañana. Se ha quedado en cama, enfermo.

- ¿De verdad? - preguntó Sam -. Y ¿qué le ocurre a ese caballero?

- Me imagino que le ha sentado mal algo que comió.

Y al día siguiente, durante el desayuno.

- ¿Cómo está el señor Geezenstack, Aubrey?

- Un poco mejor, pero el médico ha dicho que tampoco vaya a trabajar. Mañana, quizá.

Y al día siguiente, el señor Geezenstack volvió a trabajar. Eso sucedió el día que Sam Walters regresó a casa indispueto, como resultado de algo que había comido al mediodía. Sí, estuvo dos días sin ir a trabajar. Era la primera vez, en varios años, que faltaba al trabajo por estar enfermo.

Y algunas cosas fueron más rápidas que ésta, y otras más lentas. No se podía acertar con sólo decir:

- «Bueno, si a los Geezenstack les ha ocurrido esto, nos ocurrirá a nosotros dentro de veinticuatro horas.» A veces transcurría menos de una hora. Otras veces hasta una

semana.

- Mamá y papá Geezenstack se han peleado esta mañana.

Y Sam trató de evitar pelearse con Edith, pero no lo logró. Había regresado muy tarde a casa, aunque no por su culpa. Había sucedido a menudo, pero esta vez Edith se enfadó. Sus conciliadoras respuestas no pudieron apaciguarla, y al final, él también se enfadó.

- El tío Geezenstack se va de visita a casa de unos amigos. - Hacía años que Richard no salía de la ciudad, pero a la semana siguiente les comunicó la decisión de ir a Nueva York a casa de Pete y Amy, ya los conocéis. He recibido una carta suya en la que me piden que...

- ¿Cuándo? - preguntó bruscamente Sam -. ¿Cuándo has recibido esa carta?

- Ayer.

- Así pues, la semana pasada no tenías... Te parecerá una pregunta tonta, Dick, pero la semana pasada ¿no tenías intención de ir a ninguna parte?

- ¿Dijiste alguna cosa a..., a alguien respecto a la posibilidad de ir a ver a unos amigos?

- ¡Claro que no! Hacía meses que ni siquiera me acordaba de Pete y Amy, hasta recibir su carta ayer. Quieren que esté una semana con ellos.

- Regresarás al cabo de tres días..., quizá - le había dicho Sam. No quiso explicarle nada, ni siquiera cuando. Richard volvió al cabo de tres días. Le parecía una necesidad decir que sabía cuánto tiempo permanecería fuera Richard, porque éste era el tiempo que el tío Geezenstack había estado ausente.

Sam Walters empezó a observar a su hija, y a hacer conjeturas. Naturalmente, era ella quien obligaba a hacer lo que quería a los Geezenstack. ¿Era posible que Aubrey tuviera alguna extraña intuición preternatural que, inconscientemente, la llevara a predecir algunas cosas que sucederían a los Walters y a Richard?

Evidentemente, él no creía en la clarividencia. Pero ¿era posible que Aubrey fuera clarividente?

- La señora Geezenstack piensa ir de compras. Se comprará un nuevo abrigo.

Esto incluso pareció algo planeado de antemano. Edith sonrió a Aubrey y después miró a Sam.

- Esto me recuerda, Sam... Mañana iré al centro, y hay rebajas en...

- Pero Edith, estamos en época de guerra. Y tu no necesitas un abrigo.

Discutió tan apasionadamente que incluso llegó tarde al despacho. Discutió de manera forzada, porque él podía permitirse la compra de un abrigo, y hacía dos años que Edith no se compraba ninguno. Pero no podía explicar que la verdadera razón por la que no quería que se lo comprara era que la señora Geezen... Vamos, era una tontería demasiado grande, incluso para él mismo.

Edith se compró el abrigo.

Era extraño, pensaba Sam, que nadie más se fijase en estas coincidencias. Pero Richard no estaba siempre en casa, y Edith... bueno, Edith tenía la costumbre de escuchar el parloteo de Aubrey sin oír nueve décimas partes de él.

- Aubrey Geezenstack ha traído las notas del colegio, papá. Tiene noventa en aritmética; ochenta en ortografía, y...

Y al cabo de dos días, Sam telefoneó al director del colegio. Desde un teléfono público, naturalmente, para que nadie le oyera.

- Señor Bradley, tengo que hacerle una pregunta - uh -, bastante insólita, aunque importante, y ésta es la razón por la que me he decidido a llamarle. ¿Sería posible que una alumna de su colegio supiera por adelantado exactamente qué calificaciones...?

- No, no sería posible. Ni los mismos profesores las sabían hasta encontrar la media, y eso no se hacía hasta el mismo día de enviar las calificaciones a casa. Sí, el día anterior por la mañana, mientras las niñas estaban en el recreo..

- Sam - le dijo Richard -, no tienes buen aspecto. ¿Preocupaciones de negocios?. Escucha, las cosas irán mejorando y, de todos modos, no tienes que preocuparte por tu compañía.

- No es eso, Dick. Es..., quiero decir que no estoy preocupado por nada. No exactamente. Quiero decir que... - Y tuvo que salir del atolladero inventándose una o dos preocupaciones para que Richard le dejara tranquilo.

Pensaba mucho en los Geezenstack. Demasiado. Si, por lo menos, hubiera sido supersticioso, ó crédulo, no habría sido tan horrible. Pero no lo era. Por esta razón, cada nueva coincidencia le afectaba más que la anterior.

Edith y su hermano lo notaron, y hablaron de ello cuando Sam no se encontraba presente.

- Últimamente se ha portado de un modo muy raro, Dick. Estoy..., estoy muy preocupada. Hace unas cosas tan... ¿Crees que podríamos convencerle para que fuera a ver a un médico o a un...?

- ¿A un psiquiatra? Hum, no sé si querría. Pero no resisto verle así, Edith. Algo le está carcomiendo; he intentado sonsacarle, pero no me ha dicho nada. Verás..., creo que algo relacionado con esas condenadas muñecas.

- ¿Muñecas? ¿Te refieres a las muñecas de Aubrey? ¿Las que tú le regalaste?

- Sí, los Geezenstack. Se sienta delante de la casita y la mira sin pestañear. Le he oído hacer preguntas a la niña respecto a eso, y hablaba muy en serio. Me parece que se trata de alguna manía o algo parecido.

- Pero, Dick, eso es... espantoso.

- Mira, Edith, Aubrey ya no se interesa tanto por ellas como antes, y... ¿Hay alguna cosa que desee particularmente?

- Las lecciones de baile. Pero ya estudia violín y no creo que pudiéramos dejarla...

- ¿Crees que si le prometieras tomar lecciones de baile, a condición de que se olvidara de las muñecas, aceptaría? Creo que debemos llevárnoslas del apartamento. Y no quiero dar un disgusto a Aubrey, así que...

- Bueno..., pero ¿qué le diríamos a Aubrey?

- Dile que conozco a una familia muy pobre con niños que no tienen absolutamente ninguna muñeca. Y... creo que cederá, si tú insistes.

- Pero, Dick, ¿qué le diremos a Sam? El no se creerá esta excusa.

- Dile a Sam, cuando Aubrey no pueda oírlos, que te parece que Aubrey ya es demasiado mayor para jugar con muñecas, y que... Dile que demuestra un interés enfermizo por ellas, y que el médico aconseja... esa clase de cosas.

Aubrey no se mostró muy entusiasmada. No estaba tan encaprichada con los Geezenstack como cuando se las regalaron, pero ¿acaso no podía tener las muñecas y las clases de baile?

- No creo que tuvieras tiempo para ambas cosas, cariño. Por otra parte, has de pensar en esas pobres niñas que no tienen ninguna muñeca para jugar; deberías compadecerte de ellas.

Y Aubrey cedió, finalmente. Sin embargo, la escuela de baile no abría la inscripción hasta al cabo de diez días, y quiso conservar las muñecas hasta que pudiera iniciar las clases. Hubo una discusión, pero fue inútil.

- Está bien, Edith - le dijo Richard -. Diez días es mejor que nada, y... bueno, si no renuncia voluntariamente a ellas, tendrá una pataleta y Sam se enterará de lo que planeamos. No le habrás mencionado nada, ¿verdad?

- No. Pero quizá se sintiera más tranquilo al saber que...

- Yo no lo haría. No sabemos por qué causa le fascinan o repelen de ese modo. Espera a colocarle ante un hecho consumado para decírselo. Aubrey ya ha renunciado a ellas. El podría oponerse o querer conservarlas. Si yo las saco antes de casa, no podrá.

- Tienes razón, Dick. Y Aubrey no se lo dirá, porque le he dicho que las lecciones de baile serían una sorpresa para su padre, y no puede decirle lo que pasará con las muñecas sin decirle la otra parte del trato.

- ¡Magnífico, Edith!

Habría sido mejor que Sam lo supiera. O quizá todo hubiese ocurrido igualmente, aunque Sam hubiese estado enterado.

¡Pobre Sam! Pasó un mal momento por la tarde del día siguiente. Aubrey llevó a una amiga del colegio a jugar con ella y le enseñó la casa de muñecas. Sam las observaba, tratando de parecer menos interesado de lo que estaba. Edith hacía punto y Richard, que acababa de llegar, leía el periódico.

Sólo Sam escuchaba a las niñas y oyó la sugerencia.

- ...podemos hacer un funeral, Aubrey. Supongamos que una de ellas está...

Sam Walters dejó escapar una exclamación ahogada y estuvo a punto de caerse al atravesar la sala.

Fue un mal momento, pero Edith y Richard consiguieron ponerle fin de un modo casual, indiferentemente. Edith se dio cuenta de que era hora de que la amiguita de Aubrey se marchara y, mirando significativamente a Richard, la acompañaron hasta la puerta.

Ella susurró:

- Dick, ¿has visto...?



- Realmente tiene algún problema, Edith. Quizá no debiéramos esperar. Al fin y al cabo, Aubrey ha consentido en deshacerse de ellas, y...

En el salón, Sam todavía respiraba entrecortadamente. Aubrey le miró como si le inspirara miedo. Era la primera vez que su hija le miraba de este modo, y Sam se sintió avergonzado. Dijo:

- Cariño, lo siento... Pero escucha, ¿me prometes que nunca harás un funeral a ninguna de las muñecas? ¿Que nunca simularás que una de ellas está gravemente enferma o ha tenido un accidente... o algo malo? ¿Me lo prometes?

- Claro que sí, papá. Voy..., voy a guardarlas.

Puso el tejado de la casa de muñecas en su sitio y se dirigió hacia la cocina.

En el vestíbulo, Edith dijo:

- Iré..., iré a hablar con Aubrey a solas. Tú habla con Sam. Dile... Mira, salgamos a cenar, vayamos a algún sitio para que se olvide de todo. Pregúntale si le apetece.

Sam seguía mirando fijamente la casa de las muñecas.

- ¿Qué te parece si salimos, Sam? Nos hemos quedado todo el día en casa. Nos distraeremos. Sam suspiró profundamente.

- De acuerdo, Dick. Si tú lo dices... Supongo que me irá bien tomar el aire.

Edith regresó con Aubrey e hizo un guiño a su hermano.

- ¿Por qué no empezáis a bajar y cogéis un taxi de la parada que hay en la esquina? Aubrey y yo estaremos listas en seguida.

A espaldas de Sam, mientras los dos hombres se ponían el abrigo, Richard miró interrogativamente a Edith y ella hizo un signo afirmativo.

En la calle reinaba una espesa niebla; la visibilidad quedaba reducida a unos pocos metros. Sam insistió en que Richard esperara en la puerta hasta que Edith y Aubrey salieran, mientras él iba a buscar el taxi. La mujer y la niña bajaron antes de que Sam volviera.

Richard preguntó:

- ¿Has...?

- Sí, Dick. Iba a tirarlas a la basura, pero al final las he regalado. De este modo, ya no tendremos que preocuparnos más; es posible que él hubiera querido recuperarlas, y así...

- ¿Que las has regalado? ¿A quién?

- Ha sido una verdadera casualidad, Dick. Cuando abría la puerta, una vieja pasaba por el rellano de servicio. No sé de qué apartamento debía venir, pero supongo que era una mujer de la limpieza o algo parecido, aunque parecía una bruja; pero al ver las muñecas que yo tenía en las manos...

- Aquí está el taxi - dijo Dick -. ¿Se las has dado?

- Sí, ha sido muy curioso. Ella ha dicho: «¿Mías? ¿Para mí? ¿Para siempre?» ¿No te parecen unas frases muy extrañas? Pero yo me he echado a reír y le he contestado: «Sí, señora. Para siem...»

Se interrumpió, pues el impreciso contorno del taxi se recortaba junto a la acera, y Sam abrió la portezuela y gritó:

- ¡Vamos, en marcha!

Aubrey cruzó la acera y se metió en el taxi, y los demás la siguieron. El automóvil se puso en marcha.

La niebla había espesado. Era imposible ver nada por las ventanillas. Parecía como si una pared grisácea rodeara el taxi, como si el mundo exterior hubiera desaparecido, completa y totalmente. Tampoco se veía nada a través del parabrisas.

- ¿Cómo es que va tan de prisa? - preguntó Richard, con una nota de nerviosismo en la voz -. Por cierto, ¿adónde vamos, Sam?

- ¡Vaya! - exclamó Sam -. Ella tampoco lo sabe, me he olvidado de decírselo.

- ¿Ella?

- Sí. Es una taxista. Están por todas partes. Le...

Se inclinó hacia delante y dio unos golpecitos en el cristal. La mujer volvió la cabeza.

Edith vio su cara, y empezó a gritar.